

si no hubiese bebido toda esta copa hastas las heces muchos años hace!

Caminó en silencio algun tiempo, hasta que el oficial, volviéndose á él le dijo:

—¿Me permitirás ¡oh tú á quien debo la vida, y á quien hubiera dado antes las gracias, si no me lo impidiese esta debilidad que va desapareciendo! me permitirás te pregunte quién eres?

—Una pulga, señor.... una pulga.... nada mas.

—Pero una pulga patricia, seguramente, si he de juzgar por tu lenguaje y tus maneras.

—No es exacto. La verdad es que he sido rico, y que podré serlo nuevamente, así me lo dicen, cuando mi locura llegue al extremo de deseirlo.

—¡Oh! ¡si fuésemos ricos! dijo suspirando la jóven.

—Serias muy desgraciada, amiga mia. Cree á una pulga que ha hecho ya ese experimento.

—¡Ah! ¡pero rescatariamos á mi hermano! y ahora no podemos encontrar dinero hasta volver á Africa.

—Ni aun entonces, dijo el oficial en voz baja. ¡Olvidas, pobre niña, que hi-

potequé todos mis bienes para reclutar mi legion? No debes temer el ver las cosas como son en si.

—¡Ah! ¡y está prisionero! ¡y será vendido como esclavo!.... y quizá.... ¡le crucificarán, porque no es romano! ¡Ah! ¡le crucificarán!....

Y prorumpio en abundante llanto.... De repente se enjugó las lágrimas, y sus ojos resplandecieron otra vez.

—¡No! perdóname ¡oh padre! ¡Dios protegerá á sus fieles!

—Querida niña, dijo Rafael, si te disgusta realmente esa suerte que puede caer á tu hermano, y necesitas unas cuantas monedas para impedirla, quizá pueda yo encontrártelas en Ostia.

La jóven le miró con cierta incredulidad, reparando en sus harapos; y luego, ruborizándose, le pidió perdón por sus mudos pensamientos.

—Bien, como quieras suponer; pero mi perra ha sido tan afable hasta ahora contigo, que tal vez consienta en regalarte ese collar que lleva. Yo iré á casa de los rabinos y todo quedará arreglado. Así, pues, no llores. Aborrezco los gritos; y los perrillos son un coro mas que regular para la presente tragedia.

—¿Los rabinos? ¿Eres judío? preguntó el oficial.

—Si lo soy. Y tú cristiano, según presumo. Quizá tengas escrúpulo de admitir tal oferta (en general, tu secta, tratándose de tomar, no los tiene) de un individuo de nuestra obstinada é incrédula raza. Pero no temas los remordimientos de tu conciencia, pues te aseguro que soy tan poco judío de corazón como cristiano.

—¡Dios te ayude, pues!

—Alguno, ó alguna cosa me ha ayudado demasiado durante treinta y tres años. Pero, perdóname; estas palabras no son propias de un cristiano.

—Debes ser un buen judío, antes de que puedas ser un buen cristiano.

—Es posible. No trato de ser ni lo uno ni lo otro. . . . ni tampoco un buen pagano. Amigo mío, dejemos este asunto, como superior que es á mí. Con tal que logre ser tan buen animal como mi perra (suponiendo demostrado que sea bueno ser bueno), quedaré satisfecho.

El oficial le miró con digno y afable dolor. Rafael observó su mirada, y conoció que no se hallaba en presencia de un hombre vulgar.

—Tengo que cuidar de mis palabras, ó si no, sospecho que me veré enredado en algun diálogo regular socrático. . . . A mi vez, amigo, me será permitido preguntarte ¿quién eres? Seguramente que mi intencion no es entregarte á ningun César, Antioeo, Teglah-Falasar, ni otras pulgas que se complacen en devorar pulgas. . . . Ellas engordan ya bastante sin necesitar de tu sangre. Así, yo te pregunto únicamente como un estudiante de la gran nada en general, que los hombres llaman universo.

—Esta mañana era prefecto de una legion. Lo que soy ahora, tú lo sabes tan bien como yo.

—Precisamente es eso lo que no sé. Me admira mucho ver tu serenidad, cuando, según todas las analogias que existen entre las pulgas, debieras estar lamentando tu suerte como Aquiles á orillas del mar, ó pretendiendo sobrellevarla, como me enseñaron á hacerlo cuando jugaba al Estoicismo. Sin duda no perteneces á esa secta, pues hace un momento te confesaste loco.

—Y pasarías mucho tiempo ¿no es verdad? antes que lograses que uno de ellos hiciese igual confesion. Bien, sea

así. Soy un loco; sin embargo, si Dios nos ayudase á llegar á Ostia, ¿por qué no me habia de alegrar?

—¿Y por qué deberias alegrarte?

—¿Puede suceder cosa mejor á un loco, que enseñarle Dios á conocer que lo es cuando él se creia el mas sábio entre los sábios? Oyeme. Hace cuatro meses que tenia salud, honor, tierras, amigos... todo lo que pudiera desear el corazón del hombre. Y si, por insana ambicion, he preferido aventurar todo esto á seguir los solemnes consejos del amigo mas verdadero y del santo mas sábio que pisa la tierra, ¿no debo alegrarme de que Dios me haya probado, aun valiéndose de una leccion como esta, que el amigo que nunca me habia engañado antes, tenia razon tambien en este caso; y que el Dios que me ha librado durante eurenta años de trabajos y de guerras, siempre que me he atrevido á ejecutar lo que á mis ojos era justo, no me ha olvidado todavia ni ha renunciado al ingrato cuidado de mi educacion?

—¿Y quién es ese amigo sin par?

—Agustin, obispo de Hipona.

—¿Hum! El mundo, en general, hubiera ganado si el gran dialectico ejer-

ciera su fuerza de persuasion con el mismo Heracliano.

—Lo hizo, pero inútilmente.

—No lo dudo. Conozco al cortés conde lo suficiente para juzgar el efecto que un sermon produciria en su suave y vulpina determinacion.... “Un instrumento en las manos de Dios, querido hermano.... Debemos obedecer su llamamiento, hasta la muerte, &c., &c.”

Y Rafael se reia amargamente.

—¿Conoces al conde?

—Tanto como soy capaz de conocer á un hombre.

—Entonces, lo siento por tu sagacidad, dijo el prefecto con tono severo; pues que no ha podido discernir mas que eso en tan augusto carácter.

—Amigo mio, no dudo de su excelencia, aun mas, de su inspiracion. ¿Qué bien supo adivinar el momento á propósito para dar de puñaladas á su compañero, el anciano Estilicon! Pero ciertamente, como dos hombres del mundo, nosotros debemos saber ya que cada hombre tiene su precio....

—¡Oh! ¡calla! ¡calla! dijo la jóven en voz baja. No puedes imaginarte la pena que te estás causando. Adora al conde;

y no fué la ambicion, como pretende, sino solo su lealtad hácia él, la que le trajo aquí contra su gusto.

—Querida niña, perdóname. Por consideracion á tí me callo....

—¿Por consideracion á mí? ¡Oh! ¿y por qué no por consideracion á tí mismo? ¡Cuán triste cosa es oír á una persona.... á una persona como tú, burlándose y hablando mal!

—¿Por qué? Si los locos son locos, y con seguridad se les puede llamar así, por qué no hacerlo?

—¡Ah! ¿Si Dios tuvo bastante misericordia para enviar á su Hijo á morir por nosotros, nos faltará á nosotros la suficiente para no juzgar á los hombres con demasiada dureza?

—Niña mia, déjate de nuevas teorías antropológicas al hablar con un filósofo gastado. Lo que conviene es andar mas aprisa si queremos llegar á Ostia esta noche.

Pero fuese por lo que fuese, Rafael no volvió á burlarse durante mas de media hora.

Sin embargo, mucho antes de que llegasen á Ostia, la noche se les habia he-

chado encima, y su situacion empezó á ser muy poco segura. De vez en cuando un lobo, atravesando el camino para dirigirse á su horrible festin, salia como un espectro de entre las tinieblas y volvía á sumergirse en ellas, respondiendo al gruñido de Bran con mostrarle sus blancos dientes. Luego, las voces de alguna partida de merodeadores sonaban groseras y fuertes en medio de la silenciosa noche, y les hacian titubear y detenerse un rato. Por último, peor que todo, la acompasada marcha de una columna imperial empezó á oírse como un trueno lejano en la llanura. ¡Se dirigia á Ostia! ¿Qué sucederia si llegaba antes de que el ejército derrotado se hubiese rehecho, y pudieran defenderse el tiempo suficiente para efectuar el reembarque?... ¿Qué sucederia si?... Mil posibilidades, á cual mas terribles, se agolparon á sus imaginaciones.

—Supongamos que encontramos las puertas de Ostia cerradas, y á los imperialistas formados fuera, dijo Rafael, medio hablando consigo mismo.

—Dios protegerá á sus fieles, respondió la joven; y Rafael no tuvo corazon

para destruir su esperanza, aunque consideraba las probabilidades de salvarse menores á cada momento. La pobre niña estaba cansada; la mula tambien; y mientras iban arrastrándose á un paso que no dejaba duda de que la columna llegaria á Ostia una hora antes que ellos, para unirse á la vanguardia de los perseguidores y ayudarlos á embestir la ciudad, la jóven tenia que apoyarse mas de una vez en el brazo de Rafael. Su calzado, nada á propósito para tal caminata, hacia tiempo que se habia roto, y sus delicados piés brotaban sangre. Rafael lo conoció en su andar vacilante, y notó ademá que ni un suspiro ni un murmullo asomaron á sus labios. Pero no podia remediarlo; y principió á maldecir la idea que le habia conducido á arrojar lejos de sí las sandalias, como indignas de la absoluta independencia de un cínico.

De este modo continuaron caminando, mientras que Rafael y el prefecto, adivinando cada cual los terribles pensamientos del otro, daban gracias á la oscuridad que ocultaba á la jóven la desesperacion impresa en sus fisonomías; ella, por otro lado seguia hablan-

do alegremente, casi con risa, á su silencioso padre.

Al fin la pobrecilla pisó una piedra mas puntiaguda que las demas.... y con un repentino grito cayó al suelo. Rafael la levantó, y ella trató de seguir; pero cayó otra vez.... ¿Qué partido tomar?

—Lo esperaba así, dijo el prefecto con voz lenta y grave. ¡Oyeme! judío, cristiano ó filósofo, Dios parece haberte dado un corazón al que puedo confiar-me. Te encomiendo esta niña... tu propiedad, lo mismo que yo, por derecho de guerra. Súbela en esta mula. Date prisa con ella.... en la dirección que te acomode.... pues Dios os acompañará á todas partes. ¡Y ojalá se conduzca él contigo como tú con ella en lo futuro! ¡Para este viejo soldado, que ha sido vencido, lo mejor es morir!

Y trató de desmontar; pero á causa de la debilidad que le ocasionaban las heridas, cayó sobre el pescuezo de la mula, Rafael y la jóven le cogieron en sus brazos.

—¡Padre! ¡Padre! ¡Imposible! ¡Cruel!
¡Oh!.... ¿Crees que te hubiera seguido

hasta aquí desde África á pesar de tus súplicas, para abandonarte ahora?

— ¡Hija mia, lo mando!

La jóven permaneció inmóvil y en silencio.

— ¿Desde cuándo has aprendido á desobedecerme? Amigo, ayuda á bajar á este anciano, y déjale morir en el sitio que le corresponde.... en el campo de batalla donde le colocó su general.

La jóven se sentó anegada en llanto.

— Veo que no tengo quien me ayude, dijo su padre apeándose solo. La autoridad desaparece ante la vejez y la humillacion. ¡Victoria! ¡Le faltan á tu padre pecados de que dar cuenta, para que quieras se presente ante Dios con tu sangre tambien sobre su cabeza?

La niña contuó llorando y sin moverse; mientras que Rafael, agotada ya su imaginacion, intentaba inútilmente persuadirse de que todo aquello no le concernia.

— Estoy, dijo al fin, al servicio de cualquiera de los dos, ó de ambos, en vida ó muerte; únicamente os pido que resolvais pronto.... ¡Infierno! ¡nuestra suerte está ya decidida!

En aquel momento, el ruido de las pisadas y voces de la columna de caballería pareció aproximarse con rapidez.

Victoria se echó á los piés de Rafael.... Su debilidad y su pena se habian desvanecido.

— ¡Hay un medio.... un solo medio de salvarle! ¡Ayúdale á subir á aquella altura! Ayúdale, mientras yo salgo al encuentro á los ginetes. Mi muerte los detendrá el tiempo suficiente para que puedas ponerle á salvo.

— ¿Fu muerte? esclamo Rafael cogiéndola del brazo; si creyera que....

— Dios protegerá á sus fieles, respondió la jóven tranquilamente, y colocando su dedo índice sobre los labios.

En seguida se desprendió de Abenezra con la fuerza que le prestaba su heroismo, y desapareció en las tinieblas.

Su padre quiso seguirla, pero cayó con el rostro contra la tierra, sollozando. Rafael le levantó y procuró llevarle al sitio indicado por Victoria; pero sus rodillas se tocaban una con otra; un débil sudor parecia aflojar todos sus miembros.... Hubo una pausa, que para su impaciencia fué de un siglo.... Las pisadas de la caballería se acercaban cada

vez mas.... La luna, saliendo de repente de en medio de las nubes, mostró á la jóven de pié, con los brazos abiertos delante de las cabezas de los caballos. ¿Una gloria celeste parecia bañar todo su cuerpo?... ó era esto efecto de las lágrimas que asomaban á sus ojos? Oyose entonces el ruido que forman los cascos de los caballos en el camino cuando arrancan repentinamente.... Rafael apartó el rostro y cerró los ojos...

—¿Quién eres? gritó una voz.

—Victoria, la hija de Mayorico, el prefecto.

La voz de la jóven era débil, pero sin embargo, tan clara y tranquila, que cada sílaba sonó en los oídos de Aben-Ezra....

Un grito agudo despues seguido del confuso murmullo de muchas voces, hicieron que Rafael levantase los ojos á pesar suyo.... Un ginete habia echado pié á tierra y cogido á Victoria en sus brazos. El corazón humano, dormido en el judío por mucho tiempo, cobró nueva vida dentro de su pecho, y sacando el puñal, corrió adonde estaba la columna, exclamando:

—¡Miserables! ¡Primero muerta!

La punta del arma brilló sobre la cabeza de Victoria.... y en el mismo instante Aben-Ezra cayó al suelo, medio aturdido; pero volvió á levantarse con la energía de la locura.... ¿Qué brazos eran los que le rodeaban afectuosamente?... ¿Los de Victoria! ¿Qué significaba esto?

—¡Sálvale! ¡No le mates! ¡El nos salvó á nosotros! ¡Amigo mio! ¡Es mi hermano! ¡Estamos salvados! ¡Oh, no toques al perro! ¡le debo la vida de mi padre!

—Ambos nos hemos equivocado, sin duda, dijo un jóven tribuno, con la voz trémula de alegría. ¿Dónde está mi padre?

—A cincuenta varas de aquí. ¡Quieta, Bran! ¡Oh, Salomon, mi antepasado! ¿por qué no me has impedido llegar á ser tan rematado loco? ¡Y para justificarme, tendré que continuar la farsa!

Es inútil referir lo que pasó en los cinco minutos siguientes, al fin de los cuales Rafael se encontró cabalgando en un excelente caballo de batalla al lado del jóven tribuno, que llevaba delante de él á Victoria. Entretanto los soldados iban sosteniendo al prefecto en su mula, y convencian á este porfia-

do animal de que no era tan incapaz de trotar como habia creído, valiéndose de los convinados argumentos de un breva-je de vino y dos puntas de espada, mientras que llenaban á su general de felicitaciones y le besaban las manos y los piés.

—Los soldados de tu padre parecen considerarse deudores para con él; ¿seguramente no será por haberlos acampado en el sitio mas á propósito para poder huir?

—¡Infelices! dijo el tribuno sonriéndose; hemos tenido un pánico mayor que todos los que describen Arriano ó Polibio. Pero él ha sido respecto de ellos un padre mas bien que un general; y no es muy comun el que veinte hombres de corazon, pertenecientes á un ejército derrotado, se decidan por su propia voluntad á retroceder y dirigirse á las filas enemigas en busca de un anciano, con la mera esperanza de que pueda disfrutar aún de vida.

—¿Entonces, vosotros sabiais dónde encontrarnos? preguntó Victoria.

—Algunos lo sabiamos; y él mismo nos mostró ayer esta senda, cuando eligió el punto en que debíamos situarnos,

añadiendo que tal vez nos seria útil en alguna ocasion... como así ha sucedido.

—Pero se me dijo que habias caído prisionero. ¡Oh! ¡cuánto he sufrido por tí!

—¡Necia! has creído que el hijo de mi padre se hubiera dejado coger vivo? Yo, con la primera tropa, nos salvamos por las paredes de jardín, y nos abrimos camino hácia la llanura hace tres horas.

—¿No te aseguraba yo, dijo Victoria volviéndose á Rafael, que Dios protegeria á sus fieles?

—Es verdad, contestó Aben-Ezra, sepultándose en una larga y silenciosa meditacion.

CAPITULO XIV.

LAS ROCAS DE LAS SIRENAS.

Los últimos cuatro meses habian estado bastante llenos de ocupaciones y de acontecimientos para Hipatia y Filemon; pero los unos y los otros tuvieron ese carácter gradual y uniforme,